

Las palabras compuestas en asturiano y en las lenguas románicas: de la motivación a la inmotivación

JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ
UNIVERSIDAD D'UVIÉU

RESUME: Dientro del conxuntu de procedimientos d'arriquecimientu léxicu, tanto en sincronía como en diacronía, el más importante ye, de xuru, la formación de pallabres, d'unidaes léxiques nueves, que se formen partiendo d'elementos radicales que yá existen nel patrimoniu léxicu de cada llingua y pente medies de procedimientos mui diversos. Esti trabayu céntrase nun aspeutu concretu d'esa formación de pallabres: un recorru sobre'l grau de motivación, el grau de tresparencia, diendo dende la frase sintáctica llibre, onde tovía nun hai compuestu n'absoluto, hasta llegar a la unidá —con acento únicu— que denomamos compuestu. **Pallabres clave:** Lexicografía, arriquecimientu léxicu, formación de pallabres nueves, motivación, inmotivación, arbitrariedá.

Compound words in Asturian and in Romance Languages: from motivation to immotivation

ABSTRACT: *Within the set of procedures for lexical enrichment, both as regards synchrony and diachrony, surely the most important is the formation of new lexical items starting from already existing radical elements, by means of many different procedures. This article focuses on a concrete aspect of word formation: it is an approach to the degree of motivation, the degree of transparency going from the free syntactic phrase —where there is no compounding at all— up to the single-stressed unit named compound.* **Key words:** *Lexicography, lexical enrichment, word formation, motivation, immotivation, arbitrary.*

1. INTRODUCCIÓN¹

Ante la imposibilidad —por limitaciones de tiempo— de tratar aquí de cuestiones de «largo alcance», como pudieran ser *la génesis del compuesto, del latín a las lenguas románicas, principales problemas que plantean los compuestos románicos (el orden de elementos, los nombres de los días de la semana, los compuestos formados a base de verbo + sustantivo: qué forma tiene el verbo, qué función desempeña el sustantivo)*, y otra media docena más de asuntos similares, me he limitado a un aspecto muy concreto de esta formación. Intentaré hacer un recorrido sobre el grado de motivación, el grado de transparencia, recorriendo desde la frase sintáctica libre, donde todavía no hay compuesto en absoluto, hasta llegar a la unidad —con acento único— que llamamos compuesto, y trataré de hacerlo —claro está— en una exposición, lo más ordenada posible.

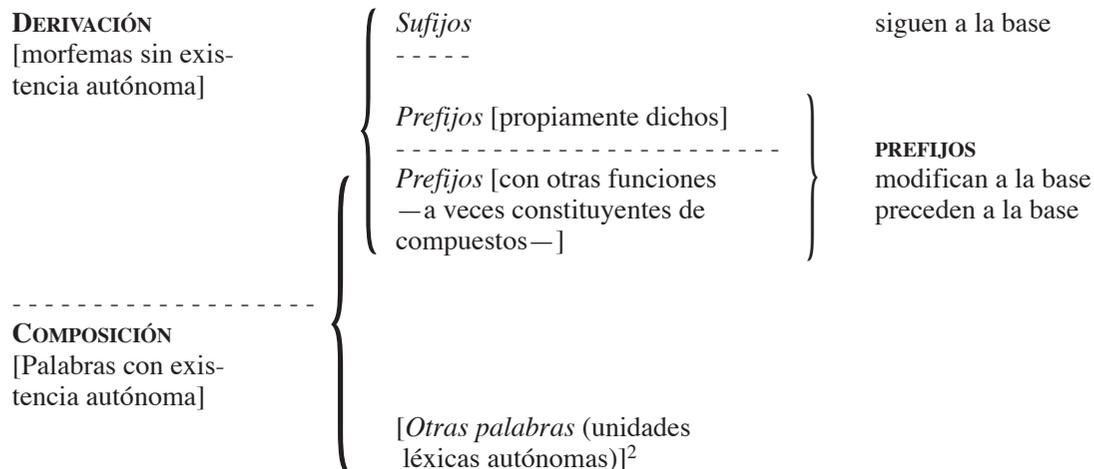
Dentro del conjunto de procedimientos de enriquecimiento léxico, tanto en sincronía como en diacronía, el más importante, sin duda alguna, es *la formación de palabras, de nuevas unidades léxicas a partir de elementos radicales que preexisten en el patrimonio léxico de cada lengua*. Esta creación de palabras nuevas ocurre:

A Y B.- DERIVACIÓN Y COMPOSICIÓN:

- ya por medio de morfemas especiales
- ya por combinación de dos o más elementos autónomos
- ya por extracción de una palabra de otra preexistente.

Podríamos representar estos procedimientos de acuerdo con el siguiente esquema:

¹ No existe ningún trabajo de conjunto sobre la formación de palabras compuestas en las lenguas románicas desde la perspectiva diacrónica (tampoco en sincronía, que yo sepa), a diferencia de otros campos léxicos románicos. Lo más próximo y completo es el libro de Anca GIURESCU (1975): *Les mots composés dans les langues romanes*. The Hague-Paris, Mouton, en el que estudia la naturaleza de los compuestos en cuatro lenguas románicas (rumano, italiano, francés y español) y dedica las primeras páginas del libro a cuestiones diacrónicas de gran interés. Aparte de éste, otros trabajos muy útiles para este asunto son: A. DARMESTETER (1967): *Traité de la formation des mots composés dans la langue française comparée aux autres langues romanes et au latin*. Paris, H.Champion, 2^a éd. Lo de «comparadas con las otras lenguas románicas y con el latín» es más una declaración de intenciones que una realidad, aunque hay información importante. Para el español (sincronía) tenemos el libro de Eugenio de BUSTOS GISBERT (1986): *La composición nominal en español*, en *Acta Salmanticensia*, Anejo 14, Universidad de Salamanca. Habría que añadir el enorme interés que tiene, desde el punto de vista teórico, para el análisis de los compuestos el libro de A. MARTINET (1974): *Elementos de lingüística general*. Madrid, Gredos (reimpresión) y varias docenas de artículos sobre aspectos concretos y puntuales.



C.- PREFIJOIDES Y SUFIJOIDES:

Aún habría que añadir aquellos elementos que, no siendo palabras autónomas propiadmente, tampoco son simples morfemas, sino segmentos de voces griegas o latinas. Son los llamados prefijooides y sufijooides del tipo

tele-: *telediario, televisión, telerradio, telegrafía...*

-forme: *filiforme, cuneiforme, multiforme, pluriforme...*

auto-: sobre todo en italiano: *autoantena, autocaravan, autodemolizione, autofurto, autosoccorso...*

Las lenguas románicas (y no románicas) crean léxico nuevo ante nuevas necesidades o rellenan las lagunas léxicas que se producen por desuso o por desgaste. Ante una nueva necesidad de expresión, ante un objeto nuevo, ante nuevas experiencias que carecen de nombre, las lenguas recurren al préstamo, al neologismo, al cultismo, a la importación de nuevas unidades que satisfagan las nuevas necesidades. Pero, a veces las lenguas —y vamos a referirnos ya a las románicas— no necesitan recurrir a materiales extraños, a materiales ajenos a ellas mismas, sino que se bastan con su propio caudal léxico, se autoabastecen con sus propios materiales por muy diversos procedimientos. A éstas últimas formaciones voy a referirme hoy aquí.

Por otra parte, un estudio completo de las palabras compuestas en asturiano debería examinar no

² Cfr. P. TEKAVČIĆ (1972): *Grammatica Storica dell'Italiano*. Bologna, Il Mulino. T. III: 19 y ss.

sólo la «creación» de estas nuevas unidades, sino además su vertiente diacrónica, es decir, cómo se han comportado a lo largo de la historia. De todos modos, es tarea que ahora no podremos abordar y que quedará para mejor ocasión, aunque advirtiendo que, no hacerlo así, genera el riesgo de simplificar, cuando no de falsear los datos.

Dicho esto, parece que es imprescindible partir de algunos principios básicos elementales bien conocidos por todos:

- a) la lengua estructura la realidad, al menos cuando la realidad se presenta ante los hablantes de forma bruta, es decir, informe.
- b) la realidad contribuye a la estructuración de la lengua; es decir, lo que es «estructural» o está «estructurado» en la realidad condiciona la estructura lingüística. Esto tiene una enorme importancia en el caso de los compuestos. ¿Qué duda cabe de que la organización familiar (los nombres de parentesco), la distribución de los nombres de colores, o las secuencias de los aparatos o útiles que ‘quitan’, y de los que uno comienza llamándose *quitamiedos*, no acarrearán, no originarán las denominaciones de todos aquellos que también tienen como función ‘quitar algo’, surgiendo así los ya existentes *quitahipos*, *quitanieves*, *quitapenas*, *quitamotas*, *quitapelos* y *quitapelillos*, *quitamanchas*, *quitamiedos*, *quitameriendas* y porque no algún día *quitacenas*, *quitadolores*, *quitafríos*?
- c) y el hablante —entre la lengua y la realidad— actuará como creador de la lengua y estructurador de la realidad.

Estos principios básicos no obstan para que las lenguas se comporten de manera diferente entre sí. Quiero decir que más tarde o más pronto tendremos que señalar que el corpus de palabras compuestas en asturiano presenta —en comparación con otras lenguas románicas, sobre todo con las «fuertes»— algunas lagunas (también las presenta el español comparado con el francés). O, si quiere, el francés es la lengua más rica en palabras compuestas, con mucha diferencia sobre el resto, lo que tiene también su explicación. En el corpus que he utilizado (diccionarios asturianos principalmente) se observan algunas lagunas. En los diccionarios asturianos escasean los neologismos: son —hoy— pocos los préstamos (anglicismos, galicismos, etc.); no son muy abundantes los llamados «compuestos ocasionales» (*acuerdo gallego-asturiano*), si bien esto es lógico pues, como su nombre indica, éstos se forjan puntualmente para situaciones concretas, pero no siempre se fijan en la lengua, salvo contadas excepciones. Y, por supuesto, no aparecen los llamados Wortmischung y Wortschaffung (compuestos a base de siglas y letras tipo HUNOSA).

Por ejemplo, los nombres —no compuestos— para expresar los colores y sus variados matices, son muy abundante en asturiano, más que en castellano, incluso:

Blancu (~ *blencu*), *blancuciu*, *blancurriu*, *blancuxu*, *blancuzcu*.

Negru ~ *nigru* ~ *ñegru*, *prietu*, *negru xitu* (‘muy negro’), *negratu* (‘moratón’, ‘como moratón’), *negreru* ~ *nigriru* (‘que tira a negro, ennegrecido’), *negrientu* ~ *ñegrientu* (‘negruzco’), *negrín*, *negrizu* (‘negruzco, de color muy moreno, que tira a negro’)...

Roxu ~ *ruxu*, *roxada* (‘rojéz’), *roxín*, *roxeza*, *roxosu*, además de *encarnáu*, etc....

Pero, en cambio, son escasos en los diccionarios asturianos los nombres de color de formación compuesta, es decir, nombres en los que el ‘color’ se matiza con otro determinante, como en castellano: *verde-botella*, *verde-mar*, etc., valiéndose nuestra lengua de otros procedimientos para ello. Quiero decir, respecto a la mayor o menor riqueza léxica concreta de una lengua, que aún en el supuesto de que fueran escasos los nombres compuestos de colores, tal «escasez», tal «déficit» se suple por medio de mecanismos como las perífrasis, pues de no ser así habría que pensar que los asturianos somos daltónicos.

Y al revés, otro ejemplo en sentido contrario lo constituye la creación o alteración mediante infijos, la cual, según A. Martinet, si bien no da lugar a palabras nuevas, presenta, sin embargo, ciertos contactos con los procesos que conducen a ello, en cuanto que modifica, altera el contenido afectivo de las palabras a base de introducir los llamados *infijos* (de valor *aumentativo*, *diminutivo*, *afectivo*, *vejativo*, *peyorativo*, *depreciativo*, etc.). Éstos, en el orden lineal de los elementos, suelen ir colocados entre la *base* y la *desinencia*. Precisamente este tipo de formaciones son especialmente abundantes y el mecanismo tiene una gran vitalidad en asturiano. He localizado no menos de 500 formaciones de este tipo buscando compuestos, lo cual quiere decir que, en el léxico general, serán varios millares: *abebentar* (*abebentaderu*, *abebentador*, *abebentadura* ...), *apalpuñadura*, (*a la*) *pamparalluda*, *pamparrayana* (‘a pierna suelta’, ‘a la bartola’), *pampirolada* (‘tontería’), *pastrogullu* (‘masa de pan mal avenida’), *abudibiella* (‘bubiella’ y etim. pop.), *agalimondráu*, *encalamondráu*, *acurcuchonar*, (‘*corcusir* haciendo nudos en la ropa’), *acucurrucáu*, *acucuruxar*, *acucurrullar*, *allapacadador* (‘acaparador’), *allapacanadura*, *escalamochar*, *escalamuchar*, *escalabaciáu* (‘afanoso por, preocupado’), *esbaticuayar* (‘agitar, batir’) y un larguísimo etcétera.

Un tercer ejemplo de diferenciación entre las lenguas románicas nos lo ofrece la toponimia, los nombres toponímicos, compuestos de sustantivo + adjetivo, del tipo *Villafranca* o *Camporredondo*, *Monsacro* o *Sacromonte*.

En prácticamente toda la Romania —Asturias incluida— el topónimo compuesto presenta un orden de elementos con estructura fija: *Ddo.* + *Dte.*: Veamos algunos ejemplos, ya que de esto no se volverá a hablar hoy aquí:

Gallego y Portugués: *Fonsanta*, *Aldeianova*, *Castelo Branco*, *Corte Real*...

Castellano: *Villafranca*, *Villalibre*, *Rioseco*, *Majadahonda*, *Fuencaliente*...

Catalán: *Aiguamurcia*, *Camplonc*, *Roquefort*, *Casacuberta*, *Castellfort*...

Occitano: *Mont-Rejau*, *Campredond*, *Camproux*, *Fontseque*, *Fontvieille*...

Italiano: *Campobasso*, *Castelvechio*, *Montebello*, *Montecenisio*, etc...

Y asturiano: (*La*) *Balonga*, *Casanueva*, *Fombona*, *Camporrundio*, *Fontefría*, *Peñesblanques* o *Piedresblanques*...

mientras que en francés (muy escasamente en occitano) y otras áreas germanizadas el orden preferente es: *Dte.* + *Ddo.*: *Clairmont*, *Neuchâtel*, *Franclieu*, *Bonnefont*, *Hauteville*, *Neufville*... Po-

dríamos explicar a qué obedece tal divergencia, ya que en latín — con ser escasos estos topónimos como se ha dicho — existían en ambos órdenes

Un cuarto ejemplo podría ser el recurso al neologismo de las distintas lenguas románicas. Las lenguas minoritarias (o «débiles»), como el asturiano entre ellas, no suelen recurrir al neologismo (latinismo o helenismo) para sus nuevas creaciones, aunque tenemos un grupo importante de ejemplos en la terminología de la flora y la fauna. Así son formas autóctonas asturianas: el nombre de la *celidueña* o *celidonia* o ‘hierba de la golondrina’, que en asturiano es *cerigüeña* y su numerosa familia de variantes (*cerigoña*, *cirigüeña*, *ciriguña*, *cirigüeya*, etc. e incluso el semiculto *celedonia*, todas procedentes del lat. CHELIDŌNIA, y ésta a su vez del griego) o el nombre de la ‘oropéndola’, esto es *oropéndanu*, (del lat. AURI-PĪNNULA); *baticola*, *baticuela* (< BATTUËRE + CAUDA ‘pieza de cuero de la silla de montar’, además de nombre de un ave) y otros varios.

Hay muchos más ejemplos de diferenciación de las lenguas románicas, en las que el asturiano se agrupa casi siempre — como es lógico — con las occidentales y, dentro de éstas, con las peninsulares. Me refiero al recurso a los ya mencionados neologismos y cultismos, a los nombres de los días de la semana, a las formaciones de verbo + sustantivo (¿en qué forma verbal está aquél y qué función sintáctica desempeña éste?), etc.

Se ha insistido y se insiste mucho en la homogeneidad, la regularidad y el paralelismo entre las lenguas románicas, que es un hecho destacable ciertamente, pues todas ellas tienen raíces comunes y es lógico que continúen manteniendo lazos de tal parentesco. Pero igualmente cierto es que no son pocas las diferencias, cuando no divergencias, que existen entre ellas, como venimos señalando. ¡Cuántas veces los «laços», las isoglosas no son siempre tan completos ni unívocos si se consideran a la luz de la historia! Bastaría, para ilustrar lo que decimos, con citar el tan distinto comportamiento de los antiguos (y no tan antiguos) compuestos adverbiales en *-mente* en cada una de las lenguas románicas o — de nuevo — los nombres de los días de la semana, con — nada menos — que cinco sistemas diferentes. Esto nos lleva a pensar que la composición, siendo, como es, una forma de renovación léxica y un mecanismo de alta productividad en la lexicología románica (que también lo es), con no grandes diferencias, todas las lenguas romances recurren a los modelos latinos para formar sus compuestos.

Pero, a la luz de las diferencias, hemos de pensar también que el término «compuesto» no siempre es unívoco, no siempre consiste en lo mismo y, en consecuencia, que el «grado de soldadura» de los elementos del compuesto (ya sea morfológica, ya sintáctica o de significado) tampoco es siempre el mismo y no digamos la transparencia u opacidad del compuesto en diacronía. Comencemos ya a ver el objeto de esta exposición:

2. DE LA MOTIVACIÓN A LA INMOTIVACIÓN DE LA PALABRA COMPUESTA

Tradicionalmente se ha interpretado que la composición de palabras, la crasis de dos sintagmas en uno, con el paso de dos acentos a uno sólo ha tenido su origen en el grupo sintáctico libre, es decir como en los ejemplos siguientes:

Lletres Asturianas 100 (2009): 15-27

En italiano la expresión: *ha / méssso / in scéna / [una commedia del tutto nuova]* habría dado lugar al compuesto *messinscéna*, por ejemplo.

Y lo mismo

En castellano: *Ha florecido la planta que / gíra / siguiendo al / sól /* se habría resuelto en: *girasól*

En rumano: *Acest film are o / metráj / prea / lúng* habría engendrado el término *lung-metráj*³

En asturiano: *Aquel neñu (Xuanín) taba / pañándo' l / fuelle /* se habría fundido en: *pañafuelles* ('el último hijo', el 'benjamín').

Sin embargo, la lingüística moderna considera que para que surja un compuesto, sus elementos han de aparecer previamente en lo que E. Benveniste llamó con el término griego *synapsie*, que podríamos traducir por 'sinapsis', y que otros denominan con el término más o menos equivalente de *aglomerado*. Ciertamente, desde el punto de vista diacrónico, es más científica esta interpretación, en la medida en que la sinapsis supone ya una unidad de significación de los varios sintagmas léxicos que la forman. La sinapsis es un «grupo entero de lexemas, unidos por diversos procedimientos y que forman una designación constante y específica, ya como sintagmas predicativos, ya como locuciones adverbiales». Su construcción sintáctica está explicitada bajo la forma de una «liaison» prepositiva (*máquina de coser*), o conjuntiva: (*vaivén; quita-y-pon*) Otros caracteres de la sinapsis son:

- el orden de elementos es fijo. En la composición es variable, aunque haya preferencias.
- los elementos mantienen su forma léxica plena e inalterable. No necesariamente en la composición y menos aún en la derivación: *pie de monte /* derivado: *pedicura*.
- el determinante no puede ir acompañado de artículo: no cabe *pie *del monte*

En francés moderno se cuentan por millares: *bouche-à-bouche, machine à coudre, hirondelle de mer, monte-en-l'air* ('desvalijador, ladrón, asaltante'), *va-nu-pieds* ('pobre, miserable'), *pomme de terre, robe-de-chambre, clair-de-lune, plat-à-barbe* y en francés antiguo y medieval lo fueron aún más: *dèsormais* (< *des-or-mais*), *dorénavant* (< *des-or-en-avant* < AB-ANTE), *aujourd'hui*, el viejo *gens-d'armes*, que ha pasado al compuesto *gendarme*, cuyo plural no es **gens-d'armes*, sino *gendarmes*, etc. Y en vías de ser —diacrónicamente— algún día sinapsis están las construcciones modernas, más o menos fijas, como: *modulation de fréquence, hélice à pas variable, moteur à refroidissement par air*, etc.

En otras lenguas son menos numerosas, pero las hay. Veamos algunos ejemplos castellanos y asturianos:

Castellano: antiguo lo fue *punto-de-honor* fosilizado en *pundonor*; **fijo d'algo* 'hidalgo' (como es bien sabido, la etimología de ésta última forma es más que discutible); más moderno es *hoja de lata*, convertido ya desde hace tiempo en *hojalata*; y los más recientes: *boca a bo-*

³ Ejemplos tomados parcialmente del libro de Anca GIURESCU (1975): 50-51.

ca, casa de campo, aviión a reacción, campo de fútbol, cesta de mimbre, pie de mesa, pie de monte, (es) cosa de risa, niño de teta, mar de fondo, libro de cocina.

Asturiano: llibru (de) misa, carru de rincha ('carro del país'), *carru d'alzada* ('carro del país con suplemento'), *carru d'esquirpia* ('carro de entramado de varas'), *casa de monte* ('cuadra o redil en el monte'), *casa de llocos, pelu de llobu* ('variedad de musgo'), *maniega de la ceba* ('cesto de tamaño mediano'), *rabu de gatu* ('hierba silvestre'), *rabu de potru, de raposu, pan de beneitu* ('médula del saúco'), *pan de cuquiellu* ('excrecencias de los robles'), etc. El valor metafórico implícito de éstos últimos hace que tengamos que situarlos entre la sinapsis y los protocompuestos, como en *pan de las uñas, pan de raposa o pan de culiebra*, de los que ninguno es hoy ya 'pan'. En todas estas formaciones la transparencia es total; y lo es incluso indirectamente en los casos en que se ha llegado al valor significativo actual mediante una metáfora.

Avancemos un poco más. Si observamos los ejemplos que siguen, todos ellos son «compuestos» en sentido estricto, en la medida en que en su formación intervienen dos (o más) elementos que llamamos «palabras» o «sintagmas» y que se han soldado, con acento único y significación propia, por elipsis.

1.- *Abrelates, parabrís, esbardagiüertos* en asturiano; en castellano *sacacorchos, parabrisas o tapacubos*: constan de dos sintagmas totalmente transparentes, que mantienen una relación significativa directa y unívoca con el útil o instrumento que denominan, instrumentos que se llaman así porque: «sacan corchos», «abren latas»; «paran la brisa», «cubren el buje de la rueda de los automóviles» o «causan estropicios en los huertos» (aunque éste más tarde adquiriría también otros significados más generales 'barrabasada, trastada' de los niños, etc.). Son palabras propiamente compuestas.

2.- En un segundo orden, también son palabras compuestas, pero de otra categoría *pañafuelles* o *arcu-la-vieya* en asturiano, *medianaranja* en castellano o *pourboire* en francés. Ahora no hay una relación directa ni unívoca entre el significado de los constituyentes y el compuesto. ¿Que relación hay entre «rebañar lo que queda del saco de la harina (o saco de las provisiones)» y «el último hijo nacido del matrimonio, el 'benjamín'»; o entre el «arco de la vieja» y el «arco iris»; qué relación existe entre «la mitad de una naranja» y «esposa» o qué relación es posible entender entre «algo para beber» y «propina que le damos al camarero, al guardacoches o al acomodador en el cine»? La suma de los significados de los elementos componentes ya no da como resultado el significado global del compuesto. La relación ahora es de carácter metafórico. Y del mismo tipo son otros varios centenares de palabras compuestas en asturiano, casi todas pertenecientes al campo de la flora y la fauna, como *maria García, o marigarcía* 'aguzanieves' o la «variedad de castaña bravía, que madura muy temprano».

3.- Demos un paso más. Observemos ahora las formas asturiana *afuegalpitu* 'ahoga el pollo', la francesa *Cordon-bleu* 'cordón azul', la castellana *Vega Sicilia* o la italiana *Lacrima Christi*. La for-

ma francesa significa ‘un buen cocinero’; la asturiana designa una ‘variedad de queso del suroccidente asturiano’. La castellana y la italiana son nombres de vinos de alta calidad. El ejemplo francés se explica porque el *cordón-bleu* es una distinción honorífica con que se condecora a los buenos cocineros, pero ¿por qué el nombre de *afuegalpitu* para un tipo de queso asturiano? No lo sabemos y tampoco importaría mucho, pero ya que estamos aquí, recordaré que el profesor García Arias me pasó un trabajo suyo, de 2004, en el que remitía —con las reservas correspondientes— al testimonio del despensero de un monasterio, llamado Palladius que ya en el año 980 señalaba lo siguiente (copio textualmente de García Arias):

«A los pitinos daráse-yos nos primeros días farina de cebada en vinu o unes papes de cualquier cosa, cocío y enfriao. Llueu, puerru picao o quesu frescu, pero curao, que'l sueru fai-yos mal a los pitos»⁴. Podríamos añadir al texto de Palladio «*Fai-yos mal porque «los afuega»*».

Las formas castellana y la italiana, aún dentro de este orden de palabras, no necesitan más aclaración, pues son bien conocidos los vinos correspondientes.

Cordon-bleu y *Afuegalpitu* (como *Vega Sicilia* y *Lacrima Christi*) son pues semánticamente arbitrarios para las designaciones a las que se aplican y la relación entre el nombre y el *designatum* ni siquiera es estrictamente metafórica, sino que es externa, es extralingüística.

Algo parecido ocurre entre los nombres asturianos *Bombarón* o *Buenvarón* y el *Marrubium vulgare*, nombre de una planta medicinal, donde sin duda intervienen los efectos beneficiosos de la planta.

4.- Puede también tratarse, a veces, simplemente de una « semejanza sinestésica relativa » establecida por el hablante entre los sintagmas del compuesto y el *designatum* global. Así ocurre entre *Peudellobu* (~ *Peu-de-llobu* ~ *Pedodellobu* ~ *Peollobo* ~ *Piudellubu*), es decir, el ‘bejín’, ‘cagarria’ o ‘cuesco de llobu’ y su *designatum*, que es el *lycoperdum perlatum*, es decir, un ‘hongo que cuando está seco, si lo apretamos, estalla soltando un polvillo marrón (o entre marrón y verdoso) y maloliente’. La relación semántica es la sugerida semejanza sinestésica establecida por el hablante entre las dos imágenes. No haré la disección del «pedo», pero nadie me negará que el ‘pedo’ (de lobo o de quien sea) es ‘redondo’, ‘marrón’ y ‘maloliente’

5.- Sigamos adelante. Veamos aún alguna otra situación diferente, y que también podemos llamar y llamamos ‘compuesto’. En rumano *Unt-de-lemn* designa el ‘aceite de oliva’, literalmente ‘grasa, aceite de árbol’. ¿Dónde está, cómo se establece el lazo, el vínculo, la relación entre el nombre *unt-de-lemn* y el *designatum* «aceite de oliva o de olivo»?

Ahora se trata evidentemente de un «calco léxico» de otra(s) lengua(s), segmento a segmento: *unt* traduce al determinado, a «aceite», y *de lemn* al determinante que selecciona, entre todos los tipos oleaginosos, el del árbol, el del olivo.

⁴ GARCÍA ARIAS, J.L. (2004): *25 años del certamen del queso d’Afuega’l pitu*, pregón editado por Hermandad de La Probe y Ayuntamiento de Morcín. Uviéu: 98.

6.- Un paso más —en el camino que venimos recorriendo desde los compuestos totalmente motivados a los compuestos totalmente opacos o arbitrarios— nos lo ofrecen de nuevo un ejemplo rumano, uno castellano y otro asturiano. He de decir que la forma asturiana reaparece en algunos otros puntos de la geografía peninsular, concretamente en Andalucía.

Se trata de la forma rumana *Șarabană*, que por sí misma no significa nada en esta lengua, pero que, sin embargo, designa un tipo de carruaje elegante semejante más o menos a la calesa o faetón. El nombre de un juego infantil recibe en castellano el nombre de *Pasemisí* (~ *Pasemisá*). También lo hay en asturiano, pero en todo caso, estas palabras por sí mismas tampoco significan nada ni en asturiano ni en castellano. La forma asturiana *Piononu* (o *Piununu*) aparentemente remitiría a un ‘Pío nono’ o ‘Pío noveno’, cual si del nombre de un pontífice romano de la iglesia católica se tratara. Sin embargo, designa un ‘tipo de dulce’. ¿Dónde está, cómo se establece el lazo, el vínculo, la relación entre los nombres:

Șarabană y el *designatum* ‘calesa, faetón, carruaje’

pasemisí (~ *pasemisá*) y el ‘juego infantil’

piononu y el *designatum* ‘un tipo de dulce’.

Podemos adelantar que en estos ejemplos, tal y como los tenemos, no existe ninguna relación ni directa, ni metafórica, ni sinestésica. En el caso del rumano es una adaptación puramente fonética del francés *char-à-bancs* ‘carro o carruaje con bancos’. Aquí —en francés— la relación, en cambio, es totalmente transparente. En el caso del asturiano (sea o no autóctona, pues, como hemos dicho, reaparece en otras áreas dialectales meridionales) es otra adaptación también fonética, y también del francés *pet-de-nonne*, literalmente ‘pedo de monja’. Y también en francés esta forma es totalmente motivada, pues en francés el *pet-de-nonne* designa un ‘buñuelo de viento’. Y, por fin, en castellano (y asturiano) el nombre del juego de niños se explicaría por su procedencia también francesa y totalmente transparente también en francés, donde es una vieja canción popular que comienza *passiez Messieurs / passiez Mesdames...* Resumiendo, con el valor que tienen y sin análisis lingüístico, las formas *Șarabană*, *piononu* y *pasemisí* son totalmente opacas, se apoyan únicamente en la semejanza fónica con otras formas del francés. Algo semejante me ocurrió a mí en mis encuestas dialectales en Ancares (León), donde al excesivamente grande magnetófono que llevaba, los ancareses denominaron *maletofón* (por magnetofón que en los años 60 se acentuaba oxítono), cruzando *magneto* (que no les sugería nada) con *maleta* y dejando *fon* para marcar lo distintivo entre una vulgar ‘maleta’ y el aparato de registro de voz.

7.- Quizá el extremo, el límite de la *inmotivación más absoluta, de la opacidad total* lo ofrecen otra categoría de compuestos, los llamados Wortmischung y Wortschaffung, es decir aquellos en los que simples «siglas» o «letras» (respectivamente) remiten a sintagmas compuestos más o menos conocidos.

Así, podemos citar los franceses: EUROTEL, COPAR (*Coopérative Parisienne*), TÉLÉBRITÉS (< *Télévision + Célébrités*), o las magníficas creaciones de Rabelais: *sororité* (< lat. SOROR); *démonia-*

cles (< griego DEMON) a los que se han añadido sufijos de la esfera religiosa *-ité*, *-acle* (*virginité*, *tabernacle*, etc.). Y lo mismo en otras áreas:

esp. COPAUTO, RENFE

rum. PLAFAR (*Planta Farmacéutică*); ROMARTĂ (*Română Artă*)

astur. HUNOSA, ENSIDESA, FAO, etc.

Hemos viajado viendo unos ejemplos románicos y asturianos que recorren desde la más absoluta transparencia *mesinscena*, *girasol*, *lung-metraj* y *pañafuelles* (seguidos de *abrelates*, *esbardagüertos*, *sacacorchos*, *tapacubos*, etc.) hasta estos últimos donde reina la inmotivación, la arbitrariedad más absoluta. Claro está que, debido a la incesante renovación de la lengua (¡Ah, la importancia de la denostada diacronía!) las cosas no siempre son así ni «terminan» así, ya que una palabra que ha resultado por su historia «inmotivada», «opaca» puede recuperar la «motivación». Y casi siempre son los hablantes quienes se encargan de devolver a la palabra opaca un cierto sentido (a menudo no el que le corresponde lingüísticamente) por medio de la mal llamada «etimología popular» (o, con mejor nombre «asociación etimológica»). Veremos rápidamente un par de ejemplos, uno panrománico y otro castellano-asturiano:

Uno es el tan frecuente topónimo *Cantalgallo*. Ya en el bajo latín se registran varios [TERRA DE] CANTALUPIS, al lado de *Cantalapiedra*, *Cantarrana* o *Cantalarrana* y otros. Ya me dirán qué «cantan» el lobo o la piedra. De entre todos ellos el primero es casi panrománico: *Cantalgallo*, *Cantalgallo* o *Gallocanta* (y en francés *Chantgal* o *Galcant* (según que sea norteño o sureño), en los que ni el *gallo* es gallo ni *canta* es el verbo *cantar*, como es bien conocido, sino que se trata de formas prelatinas, célticas, sin duda, en las que CANT- es ‘piedra’ (lo tenemos en nuestras lenguas: *canto*, *canto rodado* ...), y GALL es ‘monte’, esto es ‘monte pelado, monte roquedo, de piedra’. El hablante —buscando alguna motivación— los ha traído, desde el inexpresivo *GAL-CANT a las formas más familiares «gallo [que] canta».

Barbacana existe en castellano y en asturiano. En asturiano propiamente es ‘muro bajo con que se suelen rodear las plazuelas que algunas iglesias tienen alrededor de ellas o delante de alguna de sus puertas’. Tal nombre (*barbacana*), sin duda alguna, lo ha debido sugerir en el hablante la imagen del domingo, a la salida o entrada de misa, con estas plazuelas ocupadas principalmente por personas de avanzada edad, de «barbascanas», que toman el sol plácidamente mientras conversan entre ellos, y que, como en el caso que nos cuenta Valentín García Yebra, a propósito del *Barbacana* de Dueñas, en Palencia, le llaman así por ser una ‘plazoleta porticada y soleada donde los ancianos salen a tomar el sol’, ignorando que tal nombre es árabe en su origen (< BĀB AL-BĀQARA) y que significa ‘puerta de las vacas’ (aunque el arabismo en asturiano probablemente haya penetrado por vía indirecta)⁵. He de señalar aquí la enorme riqueza de compuestos construidos por etimología popular en asturiano. He recogido varias decenas de ellos.

⁵ También en francés hay *barbacane* ‘fortificación, tronera’, pero, sin duda, de otro origen.

3. CONCLUSIÓN

Lo que es claro y evidente es que la composición moderna de las lenguas románicas reposa en la mayor parte de los casos sobre elipsis, a partir de elementos autónomos ya integrados en la lengua. En todos los ejemplos vistos (y en los no vistos) hay una elipsis. Y podemos añadir que la composición, en los últimos siglos ha adquirido un gran desarrollo y una progresiva ampliación a diferencia de lo que ocurría en latín y que en su origen supuso incluso (como ha señalado algún autor), una «degradación y amenaza contra la estabilidad y originalidad de las lenguas románicas».

R.L.Wagner dice que los distintos procedimientos de composición se reducen a uno: la «yuxtaposición, la cual tiene como efecto neutralizar las relaciones funcionales entre los dos componentes»⁶, es decir, se reducen a lo que habitualmente llamamos *elipsis*. Por elipsis, pues, no hay que entender una supresión más o menos considerable de palabras necesarias en la construcción de la frase que origina el compuesto.

En *ahogaviejas*, *afuegavieyes* y en *baticola* (cast. y astur.) y *bacul* (fr.) no se parte de la expresión ‘*planta aromática que ahoga a las viejas*’ o ‘*correa debajo del rabo de la caballería [que bate o se mueve]*’, sino que se han asociado dos imágenes: la de la ‘planta dañina’ y la de la *ahogaviejas* o *afuegavieyes* de un lado y la del la ‘correa que sujeta la silla de montar’ y la *baticola* o *bacul* de otro, ambas situadas a un mismo rango o nivel y abarcadas, ligadas en un mismo golpe de vista de conjunto, del que han surgido los términos castellanos *ahogaviejas* y *baticola*, los asturianos *afuegavieyes* y *baticola* y el francés *bacul*. Es decir, no se trata de una supresión de palabras del grupo sintáctico libre, pues se da incluso el caso de que a veces no sabríamos decir ni cuál es la que se ha suprimido; así, en el fr. *timbre-poste ¿es timbre de poste, timbre à [la] poste o timbre pour [la] poste?*⁷ Tal oscuridad es compartida no sólo por el compuesto, sino por cualquier expresión sintética. De cuanto venimos diciendo sobre la elipsis podrían servirnos de ejemplos otras muchas formaciones compuestas románicas, como

- las castellanas: *petirrojo* *murciélagos*
- las asturianas: *papacolorada* *esperteyu*
- las francesas: *rouge-gorge* *chauve-souris*

Resumiendo, ante estas formaciones que llamamos genéricamente «compuestos» cabe preguntarse:

- a) cuándo un compuesto es una palabra simple (inanalizable ya como compuesto: *pundonor, hidalgo*).
- b) cuándo un compuesto es tal, con acento único (analizable todavía: *abrelates, esbardagüertos*).
- c) o cuándo es todavía un grupo sintáctico libre o una sinapsis: *casa de campo, llibru (de) misa*.

⁶ R. L. WAGNER (1980): «Les mots construits en français», en *Essais de linguistique française*. París: 11 y ss.

⁷ Cfr. Anca GIURESCU (1975): 125.

A. Darmesteter —en el sentido en que venimos analizando este asunto— es muy claro: el compuesto «existe desde que sus elementos componentes quedan en presencia, combinados conjuntamente por medio de la elipsis». O, con palabras de A. Martinet «compuestos sólo lo son aquellos cuyos constituyentes representan un nuevo valor semántico y no son redundantes», conceptos que, como fácilmente se advierte, no serían totalmente válidos en diacronía.

Y en contrapartida, el compuesto cesa de ser analizable, en la conciencia del hablante, en el momento en que se pierde el proceso de análisis que le dio origen, convirtiéndose, de palabras ligadas sintácticamente, en lo que a partir de ahora funcionará como un *simplex* sintético.

Así serían ejemplos del bloque a) *Teodoro o Doroteo, Eugenio o Eulalia, avestruz, avutarda, oropéndola, rinoceronte, sanguijuela, somorgujo, microbio, pundonor o hidalgo* ¿Quién los percibe hoy como compuestos en castellano? ¿A qué hablante asturiano le resultan hoy analizables, transparentes, los elementos componentes de *Olalla, ocalitu, somorguyu* (~ *semorguyu*, ~ *semerguyu*), *alfafarrilla* ('zarzaparrilla'), *antoxana* (~ *antuxana* / *antoxanu*), *artefacto* (y *artefautu*), *avestruz, donadú y doñadú, salmoria* (*salmoriar, salmodiada*), *oropéndanu, satisféria* (y su multitud de variantes)?

Como hemos venido señalando, éstos últimos antes de llegar a ser opacos habrían pasado por una fase en que, siendo ya compuestos, ambos elementos, sin embargo, todavía resultaban reconocibles, como lo son hoy todavía (bloque b) el rum. *floarea-soárelui, scurtcircuit, soare-scapătă*; el ital. *boccadilupo, piazzaforte, viandante*; el fr. *chien-loup, chantepleure, coupe-gorge*; el esp. *limpiabotas, matamoscas, lameculos*, o los asturianos *meixacán* (~ *mixacán*), *atizafueos, catapulgos o cortafierru*. En estos —y termino— el análisis es todavía posible, lo cual es fundamental en diacronía. Podríamos decir que en diacronía, «sea cual sea la época y la lengua en la que se hayan formado, han de presentar como condición que sus elementos constituyentes continúen de algún modo existiendo semánticamente de forma independiente en la lengua respectiva»⁸.

⁸A. MARTINET (1974): *Elementos de lingüística general*. Reimp. Madrid, Gredos: 133-134 y ss.